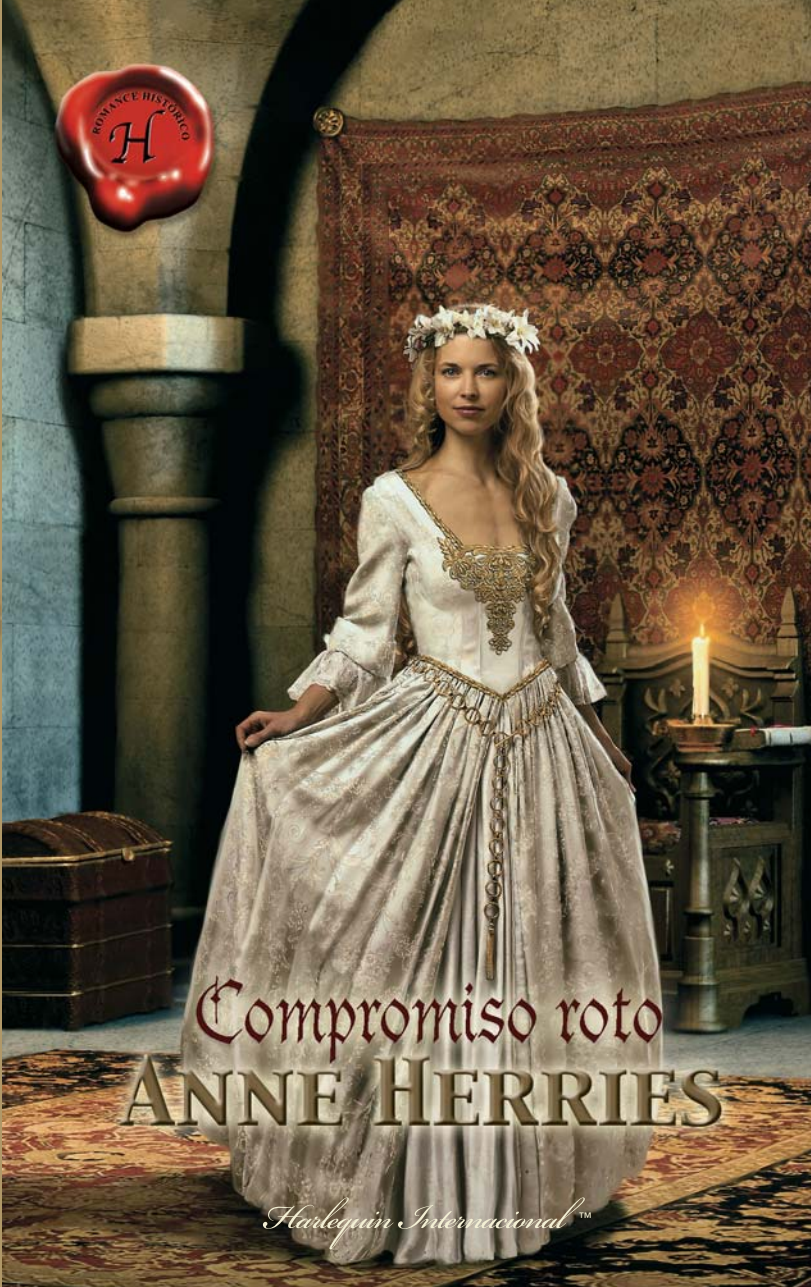

ROMANCE HISTÓRICO
H
Compromiso roto
ANNE HERRIES
Harlequin Internacional™

Prólogo

—¡Melissa! —gritó Rob con la desesperación y la angustia reflejadas en el rostro al ver a la mujer que amaba fría y distante—. No puedes estar hablando en serio. ¡Te lo suplico, dime que no es verdad!

Melisa se quedó mirando un punto fijo y respondió:

—No me interesa tu proposición, Robert de Melford. No deseo casarme contigo.

—Ayer mismo me dijiste que me amabas —dijo Rob, mirándola ahora con ojos acusadores—. Te reíste, me besaste, y me pediste que viniera hoy a hablar con tu padre.

Rob la agarró de los antebrazos.

—Y ahora me dices que no deseas ser mi esposa. ¿Por qué has cambiado de opinión? ¡Dímelo!

Hablaba con tanta pasión que ella estuvo a

punto de romperse, pero consiguió mantener el cuerpo firme y estirado y mirarlo a los ojos.

—Estaba jugando —le dijo con intención y tono de voz frío—. Estás loco si crees que de verdad querría casarme con un hombre de tu clase. Soy la hija de un lord rico y poderoso, y tú padre no es más que un caballero —se rió con falsedad y malicia—. ¿Cómo pudiste creer que te amaba? ¡Sal ahora mismo de esta casa y no vuelvas jamás!

Rob se la quedó mirando un largo instante; no daba crédito a las palabras que estaba escuchando. Si su padre hubiera estado en la habitación con ellos, podría haberse planteado que estuviera fingiendo. Pero estaban solos, y el administrador de lord Whitbread le había recibido en el castillo antes de llevarlo a hablar con Melissa. Al mirarla ahora, vio lo orgullosa que era y se dio cuenta de que se había equivocado con ella.

—Ahora te ríes, señora —dijo con voz áspera, mientras miraba su hermoso rostro.

Tenía una piel perfecta, unos ojos que recordaban los lagos límpidos de una montaña y un cabello rojizo dorado que le enmarcaba el rostro y le caía por la espalda en suaves ondas. Pero sus palabras mostraban que era una bruja sin corazón.

—Pero no te olvides de mí… porque yo no me olvidaré de ti, y algún día…

Rob dejó la amenaza en el aire y se giró para salir de la habitación. Melissa se quedó de pie hasta que se cerró la puerta y luego se dejó caer de rodillas, cubriéndose el rostro con las manos mientras sollozaba. Y entonces el tapiz que tenía detrás se movió y un hombre fuerte con la cara picada de viruela salió de la alcoba que había detrás. Melissa se puso de pie y se giró para mirarlo.

—¿Estás satisfecho, padre? —le preguntó con el corazón roto. Pero recuperó el orgullo y mantuvo la mirada glacial del hombre—. ¿Mantendrás ahora tu promesa ahora que lo he enviado lejos como tú exigías?

—Sí, él vivirá —gruñó lord Whitbread—. Dudo que ese cachorro vuelva a olisquear por aquí. Has hecho bien, Melissa.

—¿Y ahora me enviarás con mi tía? ¿Me permitirás vivir con ella en la abadía y tomar mis votos?

Lord Whitbread sonrió con sorna.

—No, eso no. No te pondrás los hábitos. Para eso necesitarías mi permiso y no te lo daré. En su momento te concertaré un matrimonio que beneficie a nuestra familia.

—Pero me prometiste… —Melissa lo miró a

los ojos y supo que le había mentido. Ella había hecho lo que le exigía pero su padre no tenía intención de mantener su palabra. Se acercó a él asustada—. ¡Padre, me prometiste que él estaría a salvo si hacía lo que tú decías!

—Te prometí que viviría —le dijo lord Whitbread con los ojos brillantes—. Le perdonaré la vida, pero no creo que te lo agradezca.

—¿Qué vas a hacer con él?

—Le he dicho a Harold que se divierta un poco —dijo lord Whitbread sonriendo con crueldad—. Ya conoces a tu hermano, Melissa.

—¡No es mi hermano! —gritó ella—. Ese estúpido es un bastardo y no…

Soltó un pequeño grito cuando lord Whitbread le dio una bofetada en la boca. Sintió el sabor de la sangre.

—Vete a tu habitación, niña, y quédate allí hasta que yo te diga —ordenó.

Se acercó a ella y le puso el rostro cerca del suyo—. Recuerda que me perteneces, Melissa. Puedo hacer contigo lo que quiera. Y si me disgustas podía entregarte a tu hermano para que se divierta.

Melissa se estremeció, porque sabía que su padre quería a Harold pero a ella la despreciaba.

—¿Por qué me odias tanto?

—¡Márchate! —bramó lord Whitbread—. Tienes suerte de que no te haya azotado por traer a mi casa a Robert de Melford. Recuerda, niña, si me entero de que has vuelto a verlo, sufrirás las consecuencias.

Melissa lo miró a la cara y se dio la vuelta. Mientras se acercaba a la escalera de caracol que llevaba a su sala, supo que había cometido un terrible error. Su padre se enfadó mucho al enterarse de que se había prometido a Rob, y le advirtió que si no le decía que se fuera lo mataría. Melissa le había obedecido porque sabía que era un hombre cruel y cumpliría su amenaza. Ahora pensaba que tenía que haber huido a encontrarse con Rob. Le hubiera suplicado que la llevara con él a algún lugar donde su padre y su hermano no la encontraran nunca.

Pero ya era demasiado tarde. Había visto el dolor y la furia en los ojos de Rob cuando negó su amor. Sabía que tenía que ser dura con él para que se marchara, y por su bien había utilizado palabras que sabía que le partirían el corazón. Y ahora era su corazón el que sangraba por la pérdida del hombre que amaba. Había perdido su única oportunidad de ser feliz. Su padre le prometió que podría visitar a su tía en la abadía, pero ahora había decidido mantenerla prisionera en su habitación. Pretendía casarla con

un hombre que él escogiera, pero, ¿cómo iba a casarse con otro si amaba a Rob?

Pero ahora Rob la odiaría. Melissa sacó un pequeño corazón de jade que tenía dentro del vestido y se lo llevó a los labios para besarlo. Rob se lo había regalado el día que la llevó a la feria. Era una baratija, pero para ella significaba más que todas las joyas del mundo. Lo guardaría muy cerca de sí para recordar que una vez la habían amado. Melissa alzó la cabeza con gesto orgulloso. Lord Whitbread la había mandado a su habitación con orden de no salir, pero algún día dejaría aquel odioso lugar, aunque no sabía qué sería de ella entonces. No le importaba, porque más le hubiera valido morir antes que ver el dolor que sus crueles palabras le habían infligido al hombre al que amaba más que a su vida.

Rob salió de la casa solariega, que era una ampliación del castillo de Meresham, con expresión furibunda. ¿Cómo era posible que las sonrisas de Melissa y sus dulces besos lo hubieran engañado así? Era muy hermosa y su aroma le revolucionaba los sentidos, pero era tan atractiva como falsa… ¡Estaba mejor sin ella!

Cuando se acercó al antiguo castillo, varios

hombres cayeron sobre él. Le pillaron por sorpresa, pero Rob luchó valientemente contra ellos, tirando dos al suelo y reduciendo a otro antes de que finalmente lo atraparan.

—¿Qué significa esto? —gritó—. He venido aquí de buena fe para pedir la mano de lady Melissa. Exijo que me soltéis ahora mismo.

—Vas a pagar por tu insolencia —dijo una voz—. Mi padre desea darte una prueba de su estima. Harris, átale las manos a la espalda. Quiero darle una lección a este perro.

Rob miró el rostro del hombre que había hablado. Conocía a Harold de Meresham sólo de vista, pero su reputación lo precedía. Era un bruto que disfrutaba de los placeres de la carne y maltrataba a las muchachas del pueblo. Se decía además que había golpeado a un hombre hasta casi matarlo sólo por divertirse cuando estaba bajo la influencia del vino.

—Yo no le he hecho nada malo a tu familia, Harold de Meresham —aseguró Rob mirándolo ferozmente a los ojos.

—¡Cállate, perro! —dijo Harold golpeándolo en la cara con una barra de hierro que tenía en la mano. Estaba afilada y le cortó la carne, haciéndole sangre. Rob no podía hacer nada con las manos atadas.

—¡Eso por mi hermana! Me ha dicho que

las has insultado y no quiere saber nada de ti. Eres muy poca cosa para ella, Robert de Melford. Se casará con un miembro de una de las mejores familias de Inglaterra. ¿Cómo pudiste creer que podrías ser su esposo?

Estaba rabioso. Los ojos le brillaban con rabia cuando alzó el brazo y dejó caer la barra contra la cara de Rob, que cayó de rodillas. Rob estaba medio inconsciente, pero escuchó las palabras que decidieron su destino.

—Llévatelo fuera y mátalo, Harris. Que sea lejos del castillo, porque mi padre quiere que viva y sea consciente de su humillación. Pero yo lo prefiero muerto.

—Sí, señor. Se hará como vos deseáis.

Harris agarró a Rob del brazo, obligándolo a levantarse aunque estaba a punto de desvanecerse y no sabía ni donde estaba. Lo llevaron a rastras.

—Vamos, imbécil. Te mereces todo lo que te pase por creer que podías insultar a lady Melissa.

Harris gritó algo y llevaron un caballo. Colocaron a Rob sobre la grupa con la cabeza colgando de un costado como si fuera un saco de trigo. Le pareció escuchar cómo bajaban el puente levadizo y el caballo avanzaba. Todo comenzó a nublarse, como si estuviera cayendo en un oscuro agujero. Perdió el conocimiento.

Pasó mucho tiempo hasta que la oscuridad comenzó a aclararse y fue consciente del dolor de cabeza. No veía bien pero sabía que lo estaban llevando no en un caballo, como antes, sino suspendido entre dos. Tenía la boca seca y se sentía muy mal, pero estaba vivo… Y no debería estar vivo.

Gimió en voz alta y un hombre se colocó a su lado, bajando la vista para mirarlo. Le puso una frasca de agua en los labios y bebió unas gotas que le cayeron en la boca.

—No intentéis hablar, señor —dijo el hombre—. Intentaron mataros, pero encontré ayuda y los vencimos. Eran tres, pero no sabían que los seguía. Pronto estaréis en casa, aunque me temo que no volveréis a ser tan guapo como antes.

—¿Quién eres? —preguntó Rob con los labios agrietados—. ¿Por qué…?

El hombre sonrió.

—Lo único que necesitáis saber por el momento es que soy un amigo… Y que estáis a salvo.

Rob volvió a cerrar los ojos. Estaba vivo. El dolor resultaba insoportable, pero lo soportaría… Igual que la agonía de la traición de Melissa. Ella le había dejado seguir, haciéndole creer que lo amaba como él la amaba. ¡Oh,

Dios, cómo la había amado! Pero ella lo traicionó.

Volvió a ver la sonrisa triunfal de Harold cuando lo golpeó el la cara.

«Esto es por Melissa. Me dijo que la habías insultado».

Rob gimió, consciente de que el dolor de aquellas palabras perduraría mucho tiempo después de que se le hubieran curado las heridas.

Uno

—No creo que sea seguro que hagáis el viaje sola —dijo Owain Davies—. Hay muchas bandas de proscritos vagando por el país, mi señora, y no dudarán en tomaros prisionera y pedir rescate por vos. No creo que a lord Whitbread le complaciera eso, ¿verdad?

—Se enfadaría —aseguró lady Melissa de Whitbread—. Pero eso no sucederá si tú viajas con nosotras, Owain. Tengo que ir a la abadía, porque puede que no tenga otra oportunidad. Sabes que llevo prisionera varios meses, desde…

La voz se le quebró y alzó la cabeza para disimular el dolor. No quería que nadie supiera cuánto había sufrido aquellos últimos meses, ni siquiera el hombre en quien más confiaba.

—Mi padre está decidido a que me case con un hombre de su elección, y yo prefiero morir.

—Eso es una tontería, mi señora —Owain

entornó los ojos. No estaba en el castillo cuando despidió a Robert de Melford y no conocía sus verdaderos sentimientos al respecto, porque ella no se los había confiado.

—Tonterías o no, así es como me siento. He decidido suplicarle asilo a mi tía. Si accede, tal vez viva a salvo en la abadía y puede que incluso tome los hábitos.

—Sólo deberíais hacerlo si tenéis vocación, señora —respondió Owain pensativo, mirándola a los ojos.

Sabía que su vida había sido dura durante los últimos años, y a veces no podía soportar quedarse ahí mirando lo mal que la trataban.

—¿Estáis dispuesta a despertar las iras de vuestro padre, sabiendo que os volverá a castigar?

—Sí, porque no hay otro camino. Además, ella es mi tía y el único vínculo con mi madre —dijo Melissa con los ojos llenos de lástima por no haber tenido el amor de una madre que no conoció—. Hablaré con ella, le preguntaré por mi madre. Siempre se ha negado a hablar de su hermana, pero tal vez esta vez se apiade si comprende lo desgraciada que he sido.

Parecía tan compungida que Owain no fue capaz de negarse a su petición. Aunque no era una buena idea: La ira de lord Whitbread no

conocería límites cuando regresara y viera que no estaba.

—Si tanto lo deseáis, os escoltaré —aseguró—. Pero debemos regresar por la mañana. Si estamos fuera menos de un día, tal vez vuestro padre no se entere.

Melissa le sonrió. Sabía que la ayudaría. En todos los años que llevaba a su servicio nunca le había fallado. Había sido como un padre para ella. Y se sintió un poco culpable por no haberle contado toda la verdad. Era cierto que quería preguntarle a su tía sobre su madre, pero no era la única razón para su huida de la mansión de lord Whitbread.

Hacía una tarde calurosa, pero los frondosos árboles formaban un toldo que cobijaba al viajero del calor abrasador. Sólo el sonido de los cascos de los caballos rompía el silencio. De pronto, los gritos desesperados de una mujer rasgaron el aire, provocando que una bandada de pájaros echara a volar hacia el cielo, destruyendo la paz del bosque.

Robert de Melford cabalgaba a toda velocidad para llegar cuanto antes a su casa, situada en la frontera entre Inglaterra y Gales. Regresaba del castillo de Angers, en Francia, donde había

jurado la fidelidad de su padre a Enrique Tudor, conde de Richmond. Descendiente del gran Juan de Gante y de Catalina Swynford a través de Margarita Beaufort, Enrique Tudor tenía una mínima pero legítima posibilidad de reclamar el trono inglés, y estaba reuniendo un ejército. Rob había acudido a la corte de Richmond con los buenos deseos de su pare, porque las guerras que habían asolado el país durante más de treinta años no habían terminado todavía. La corona inglesa se asentaba precariamente sobre la cabeza del rey Ricardo III, que se la había arrebatado al heredero del rey Eduardo IV mediante traición, según opinaban muchos.

Ahora Rob regresaba adelantándose al ejército de Enrique Tudor para buscar apoyos en los ricos valles y las tierras bajas de los Marches. Cuando se preparaba para salir de Angers, le llegó un mensaje diciendo que su padre había caído gravemente enfermo, y las prisas de Rob se debían más a su miedo a llegar demasiado tarde que a la promesa que le había hecho al conde de Richmond

Sin embargo, a pesar de su impaciencia por llegar a casa, Rob era demasiado caballero como para ignorar los gritos de una mujer pidiendo ayuda. Cuando llegó al claro vio a una banda de forajidos atacando a tres damas.

Sacando la espada que llevaba colgada alrededor del cuerpo, Rob se lanzó directamente hacia el canalla que intentaba reducir a una joven. Ella se resistía con todas sus fuerzas, luchando contra la fuerza superior de aquel bruto que tenía las manos encima de ella, pero las que gritaban eran las otras dos mujeres.

Rob se inclinó desde la silla de su poderoso corcel, blandiendo la espada y propinando un golpe que se clavó profundamente en el hombro del forajido. El hombre cayó al suelo sangrando. Rob giró su caballo y lanzó por los aires a otro de los hombres, que cayó luego bajo los cascos del animal. Al ver que se enfrentaban a un poderoso caballero, entrenado para la guerra, los otros tres ladrones huyeron aterrorizados.

Rob se rió triunfal mientras los contemplaba desaparecer en el bosque. Desmontó y se giró hacia la mujer que había luchado con tanta valentía contra sus agresores.

—Espero que no estéis herida, señora —dijo con una reverencia y la sonrisa que había encandilado a tantas damas de Angers, a pesar de la cicatriz que le desfiguraba una parte de la cara. Robert de Melford estaba bien formado, tenía los hombros anchos, las piernas largas y poderosas. También era guapo. Llevaba el cabello

largo y lo tenía muy oscuro. Sus ojos eran tan azules como un cielo sin nubes. Pero el buen humor desapareció de ellos en cuanto reconoció a la mujer que tenía delante.

—¡Tú! —exclamó con los ojos clavados en ella como un lobo hambriento y amenazador.

—Rob… —dijo Melissa, palideciendo al mirarlo. Tenía un rostro fuerte y bien definido, pero ella sólo podía mirar la espantosa cicatriz de su mejilla izquierda—. ¿Qué… qué te ha pasado en la cara?

Rob se llevó la mano a la cara para acariciarse la cicatriz. Ya no le causaba espantosos dolores, aunque había pasado varias semanas sin dormir. El grueso ribete de carne roja resultaba antiestético porque se lo habían cosido sin contemplaciones y nunca se le curó como debía. Del golpe de la cabeza se había recuperado bien y sólo le quedaba una pequeña cicatriz bajo el grueso cabello. La pregunta de Melissa le hizo enfadar, y apretó los puños a los costados para contenerse.

—¿Y te atreves a preguntarlo? —dijo con aspereza—. Éste fue tu regalo de despedida, señora. Tu hermano me abrió la mejilla hasta el hueso para recordarme que no mire por encima de mi clase social cuando busque esposa.

—No… —Melisa sintió una náusea mien-

tras observaba la obra de Harold—. Sé que mi padre le dijo que… Pero esto es una crueldad.

Cerró los ojos mientras caía en la cuenta de cuánto debía haber sufrido por su culpa.

—Me temí lo peor, me preguntaba si estarías muerto…

—Como ves, no lo estoy —respondió Rob con frialdad—. Siento decepcionarte, señora, pero tu hermano no terminó su trabajo. Todavía estoy vivo.

Melissa abrió los ojos y lo miró.

—Crees que yo quería…—se apartó de él conteniendo las lágrimas. No debía mostrarse débil—. Da igual. Soy inocente del pecado del que me acusas, señor, pero no suplicaré tu comprensión. Has acudido en mi ayuda, aunque tal vez desearías no haberlo hecho.

—Yo no he dicho eso —gruñó Rob—. Tú eres desleal, pero tus mujeres merecen mi ayuda —miró a su alrededor—. ¿Dónde están tus hombres? ¿Cómo ha permitido tu padre que viajes sin protección en estos tiempos tan revueltos? —entrecerró los ojos—. ¿O no sabe que estás aquí?

Melissa alzó la cabeza con orgullo.

—Voy a la abadía a visitar a mi tía, que es la abadesa. Me escribió hace algunas semanas para decirme que no se encontraba bien… Y aproveché que mi padre no está para ir a verla.

—Lo que yo decía —aseguró él mirándola. ¿Qué tenía aquella mujer que le afectaba tanto? Tenía todas las razones del mundo para desconfiar de ella y odiarla, y había tomado la decisión de apartarla de sus pensamientos… Pero volver a verla le había devuelto el dolor y la angustia de su traición.

—Nos acompañaba mi mozo, pero yace herido allí —aseguró Melissa señalando el lugar de donde había salido—. Creo que podría estar muerto —se le escapó un ligero sollozo—. Owain era leal y amable, y no me perdonaré su muerte. No tendría que haber venido sin una escolta apropiada. Si muere será por mi culpa, porque él estaba en contra de este viaje.

—Te saliste con la tuya, como siempre —murmuró Rob con desprecio, mientras el recuerdo de su desdén se unía al inevitable deseo que sentía por Melissa.

Era falsa y no se podía confiar en ella, así que aunque su cuerpo todavía ardiera por ella, su cabeza rechazaba todo lo que le inspiraba.

—Dime dónde has dejado a ese hombre. Iremos a ver si la herida es mortal. Has sido una inconsciente y una testaruda, señora. Confiemos en que la muerte de tu siervo sea lo peor que te pase.

—Owain no es un siervo —dijo Melissa con

los ojos brillantes, consciente de su desdén—. Es un hombre libre, pero ha optado por servirme. Era uno de los caballeros de mi madre, y cuando ella murió en el parto me entregó su lealtad. Lo único que pide a cambio es un techo bajo el que cobijarse y algo de comer.

—Y sin duda lleva puesta la enseña de tu padre… —se mofó Rob con la esperanza de hacerla reaccionar. Melissa no le decepcionó. Le brillaban los ojos cuando levantó el brazo para darle un golpe. Rob fue más rápido, y le agarró la muñeca con fuerza.

—¡Suéltame, diablo! —le espetó ella furiosa.

Rob la odiaba por lo que le había hecho, y tal vez tuviera razones para ello. Pero su desprecio le dolía, y la preocupación que sentía por Owain le daba ganas de llorar.

—¿Soltarte? —preguntó Rob. Se le pasó por la cabeza la idea de la venganza.

Podría tomarla allí mismo, llevársela a su casa y enseñarle lo que era sentirse despreciado, y sin embargo, su belleza lo conmovió y sonrió de modo extraño.

—Vamos, señora, no lleguemos a los golpes. Te llevaré conmigo, porque tu caballo se ha perdido. Si tus damas esperan aquí, mis hombres llegarán en cualquier momento y podrían

seguirnos hasta la abadía. Si encuentran vuestros caballos, los llevaran consigo. Si tu leal caballero está todavía vivo, lo llevaremos allí para que lo cuiden los monjes. Si ha muerto, mis hombres lo enterrarán y encenderemos una vela en la casa del Señor. El padre prior celebrará una misa por su alma.

—Eres muy amable, señor —dijo Melissa con reservas, porque había visto la burla en sus ojos—. Y no comprendo la razón, porque mi familia no te ha tratado bien.

—El golpe más cruel de todos fue el tuyo, Melissa —le dijo—. Pero no me aprovecharé de ello, porque eso no casaría bien con mi sentido del honor.

Melissa se lo quedó mirando un instante, y a él le pareció como si estuviera acusándolo de algo, aunque no podía imaginarse de qué se trataba… Era ella quien lo había traicionado.

—Te ayudaré porque mi padre fue, tiempo atrás, amigo de tu padre —aseguró Rob.

De joven, el padre de Rob le había jurado fidelidad a lord Whitbread, igual que hicieron muchos ante el señor más poderoso de la zona. Pero se pelearon años atrás y últimamente su brecha se había hecho más grande porque ahora estaban en bandos opuestos.

Cuando murió el rey Eduardo y el trono cayó

en manos de Ricardo, duque de Gloucester, sir Oswald Melford había cambiado su lealtad hacia otro poderoso señor. Los rumores de que el rey Ricardo III había ordenado matar a los hijos del rey Eduardo en la torre de Londres, provocaron que sir Oswald, igual que muchos otros, se sintiera descontento. Lord Whitbread permaneció fiel al rey Ricardo, pero sir Oswald envió a su hijo al conde de Richmond.

—¿Por qué odia mi padre al tuyo? —preguntó Melissa.

—No lo sé, es una vieja rencilla. Estamos perdiendo el tiempo, señora —dijo Rob con impaciencia—. Vamos, tengo prisa. Debo regresar a mi casa sin tardanza porque mi padre está enfermo. Pero quiero dejarte a salvo en la abadía antes de continuar mi viaje.

Sin decir nada más, hizo avanzar a su caballo, la subió a su grupa y él se colocó detrás. Cuando el corcel comenzó a moverse, sus hombres comenzaban a llegar al claro.

—Seguidme a la abadía y llevad a las mujeres con vosotros —le gritó Rob a su escudero antes de adentrarse en el bosque. Entonces se giró hacia la dama que se apoyaba suavemente contra su pecho, arrebatándole los sentidos aunque su aroma era un recuerdo agridulce que todavía le hacía daño.

—No puede estar muy lejos de aquí —dijo Melissa, mientras se movían entre los árboles. Transcurridos unos segundos vio una figura en el suelo.

—¡Mira! Allí yace mi leal Owain —cuando Rob paró el caballo, ella se deslizó de la grupa sin ayuda y corrió hacia el sirviente. Soltó un grito cuando batió los pestañas al tocarlo—. ¡Creo que está vivo!

Rob desmontó y se acercó a su lado. Vio enseguida que aunque el hombre había recibido un golpe en la cabeza que podía haber acabado con su vida, se agarraba obcecadamente a la vida. Girándolo para mirarle la cara, Rob se dio cuenta de aquel era el hombre que le había salvado y lo había llevado de regreso a su casa, partiendo al día siguiente antes de que él tuviera oportunidad de darle las gracias.

—Me alegra poder decirte que Dios ha salvado a tu caballero, señora —dijo Rob inclinándose para examinar la herida—. Todavía vive, aunque no sé cuánto aguantará.

Algunos de sus hombres lo habían seguido, y Rob les ordenó que improvisaran una camilla para que pudieran transportar al hombre con dos caballos, tal y como Owain le había llevado a él aquella noche.

—Vamos, señora —dijo agarrando a Melissa

del brazo para sacarla de allí—. No sobra el tiempo. Tengo que dejarte en la abadía y seguir mi camino.

—Te debo la vida y la de mis damas —admitió ella mirándolo—. Si tienes prisa, no quiero retenerte. Tal vez baste con que nos dejes unos caballos y una escolta de tres hombres.

No podía soportar tenerlo tan cerca sabiendo cuánto la despreciaba y cómo la odiaba.

—Tal vez —dijo Robert. Sería conveniente, porque estaba impaciente por continuar su viaje, y sin embargo algo lo retenía. No estaría tranquilo si la dejaba con sus hombres.

—No es mi estilo abandonar a una dama en apuros. Te dejaré a salvo en la abadía porque esos ladrones no son el único peligro al que puede enfrentarse una dama de tu clase.

—Ya no estamos en los tiempos del pobre rey Enrique —dijo Melissa con suficiencia—. Mi padre me dijo que en esos días no había ley en el reino, pero ahora es distinto.

¡Si pensaba eso estaba realmente loca! El rey Eduardo había conseguido reducir a algunos nobles sin escrúpulos, pero tenían demasiado poder y nunca entrarían en vereda mientras se les permitiera seguir formando sus propias cortes, como habían hecho muchos barones y

condes para rivalizar con la del rey. Sólo una ley dura podría acabar con su poder, que había ido creciendo durante el reinado del Enrique VI.

Rob sintió tentaciones de contarle que Inglaterra volvía a estar al borde de la guerra. Pero tenía que callarse, porque nada era aún seguro. Enrique Tudor había prometido llevar a aquellas orillas un ejército pronto, pero hasta que no estuviera físicamente allí más valía no decir nada, y menos a la hija de un hombre que era incondicional del otro bando y enemigo de Rob.

—No discutiré contigo, señora. Vamos, ya están atendiendo a tu caballero.

Le tendió la mano con gesto imperativo que no permitía una negativa.

Melissa vaciló un instante pero luego le dio la mano y él volvió a subírsela a la grupa.

Ella no dijo nada, pero cuando Rob subió detrás de ella y la rodeó con sus brazos, se puso tensa.

—No tengas miedo de mí, señora —le susurró mientras su calor y su delicioso olor despertaban en su entrepierna sensaciones prohibidas—. Juro por lo más sagrado que no te haré daño. Tal vez llegue el momento en que me vengue de ti y de los tuyos, pero no ahora. No me cebo en las mujeres vulnerables.

—No tengo miedo de ti —mintió Melissa. Estar así con él le devolvía las noches en blanco y el terrible dolor que había soportado durante meses.

—Siempre he admirado tu coraje —respondió él.

Melissa se relajó ligeramente contra la dureza de su pecho. Durante un instante, se permitió creer que nunca había sucedido nada malo entre ellos. Recordó al joven que le sonreía con amor en la mirada y dulzura en sus besos. Durante las escasas semanas que su padre estuvo ausente del castillo, se habían encontrado en secreto para pasear de la mano por el bosque o a cabalgar juntos en un solo caballo, como ahora. Si su padre no hubiera prohibido que se casaran… Si hubiera huido con él antes de que fuera demasiado tarde… Melissa contuvo un sollozo. No debía dejarse llevar por el irrefrenable deseo de contarle a Rob la verdad.

Avanzaron en silencio durante algún tiempo, cubriendo la distancia de menos de cinco leguas hasta que la sombra de la gran abadía se cruzó en su camino. Era un edificio del siglo XIII con arcos, estrechas ventanas y un gigantesco atrio construido para albergar a las monjas y a los monjes en estancias diferentes. Rob desmontó al llegar a las inmensas puertas de

hierro y roble y ayudó a bajar a Melissa antes de tocar la campana.

Unos instantes más tarde una monja contestó a su llamada, asomándose por la mirilla. Melissa dijo su nombre y la monja se dispuso a descorrer los grandes pestillos que mantenían la puerta cerrada.

—Aquí te dejo —Rob se inclinó con expresión fría y dura—. Si yo fuera tú enviaría un mensaje a tu casa. Sería una locura intentar regresar sin escolta.

—Sí, tal vez —Melisa alzó la cabeza—. Gracias, señor. Has hecho más de lo que esperaba.

—He hecho lo que cualquier hombre decente hubiera hecho por una dama en apuros.

Melissa inclinó la cabeza, lamentando la frialdad entre ellos. Se quedó un instante viendo cómo el caballero se marchaba. Era consciente de que la había rescatado de algo peor que la muerte, porque los hombres que la habían atacado no se contentarían con robarle la bolsa. Pero salir en secreto sin escolta había sido su única posibilidad de escapar de la tiranía de su padre.

Lord Whitbread había ido a visitar a alguien importante, y la habían informado de que tal vez volviera a casa con un invitado. Sabía que estaba pensando en buscarle un marido y tal

vez se tratara de aquel invitado. La carta de su tía contándole que estaba enferma había servido de excusa para intentar escapar del dominio de su padre.

Lord Whitbread nunca había sido amable con su hija. La madre de Melissa murió durante el parto, y por alguna razón lord Whitbread había decidido no volver a casarse. Había reconocido a Harold, su hijo bastardo, como heredero. Melissa no entendía por qué su padre favorecía tanto a su hermanastro mientras que a ella, que era su hija legítima, la despreciaba. La había estado abofeteando hasta los quince años. Fue entonces cuando se dio cuenta de que era una joven hermosa y que su belleza podía ser una ventaja.

A veces Melissa deseaba no ser una heredera, porque entonces podría vivir en paz en el anonimato. Pero el padre de su madre había sido el conde de Somersham y a ella le confiaron sus tierras cuando murió a principios de año, porque no tenía más herederos. Melissa suplicó que la dejaran retirarse a sus tierras, pero su padre se negó. Hasta que se casara estaba bajo su dominio, y tenía pensado utilizar su belleza y su riqueza en su propio beneficio.

La voz de la monja la devolvió al presente.

—Me alegro que hayáis podido venir, señora

—dijo—. La madre abadesa pregunta mucho por vos. Yo soy la hermana Cecile.

—Nos han atacado y han herido a mi caballero —dijo Melissa—. ¿Podrán atenderlo?

—Pueden llevarlo a la enfermería para que los monjes se ocupen de él —aseguró la monja señalándoles el camino e indicando a Melissa que la siguiera a ella en dirección al otro edificio.

—Le doy gracias a Dios por haberle conservado la vida a la abadesa —le dijo Melissa a la monja—. Cuando supe que estaba gravemente enferma, temí que fuera demasiado tarde.

—Pensamos que no superaría la noche —confesó la hermana Cecile—. Vamos, señora, os llevaré a sus habitaciones. Vuestras damas pueden quedarse al cuidado de las hermanas.

Melissa se despidió de ellas y siguió a la monja hacia el interior de la zona donde vivían las Hermanas de la Caridad. Aunque era un día caluroso de junio, se estremeció de frío al pasar al interior del edificio de piedra.

Durante un instante, Melissa se sintió desanimada. ¿De verdad quería dedicarle su vida a Dios? Hubo un tiempo en que creyó que la felicidad, el amor y los hijos serían su futuro. Confiaba secretamente en volver a encontrarse con Rob, y que él le declararía su amor y le

pediría que huyera con ella… Y Melissa lo habría hecho. Pero su frialdad y el desprecio de sus ojos le habían hecho ver que ya no la amaba.

La monja se detuvo ante una puerta cerrada. Llamó y esperó un instante antes de abrir. Se llevó un dedo a los labios y le hizo un gesto a Melissa para que entrara.

—¿Estáis durmiendo, madre? —le preguntó en voz baja.

La abadesa abrió los ojos, miró un instante a la hermana Cecilia y luego a Melissa. Movió los labios y las manos con angustia.

—Melissa, mi niña —dijo—. Creí que tu padre no te permitiría venir.

—¿Cómo no iba a acudir sabiendo que estabas mala? —dijo Melissa—. Mi queridísima tía, te he visto muy poco estos últimos años, pero pienso en ti con frecuencia.

—Mi niña… —la abadesa estiró las manos cuando Melissa se acercó—. No sé cuánto tiempo me queda de vida, y quería verte una vez más antes de morir. Tengo algo que decirte… —miró hacia la monja que estaba cerca de la puerta—. Gracias, hermana Cecile. Puede irse.

La abadesa esperó a que se cerrara la puerta y luego sacó de debajo de la almohada un sobre sellado con cera que puso en manos de Melissa.

—No lo leas todavía, niña. Cuenta un secreto que prometí no revelar nunca en vida. Cuando me haya ido podrás leerlo y actuar como quieras, pero hasta entonces prométeme que respetarás mis deseos.

—Sí, querida tía —dijo Melissa guardándose la carta en la bolsa de cuero que llevaba colgando de su cinturón trenzado—. Lo haré.

—Prometí que nunca revelaría el secreto —dijo la abadesa con expresión angustiada—. Pero tenía miedo por ti, Melissa. No quería dejarte en manos de…

Sacudió la cabeza y la dejó caer sobre la almohada mientras cerraba los ojos. Pero volvió a abrirlos una vez más.

—Soy la madre abadesa. No se me permitió cuidarte como me hubiera gustado, pero… pero creo que Dios perdonará mi último pecado.

Melisa la miró desconcertada y sorprendida. Si su tía había guardado su secreto durante tanto tiempo, debía tratarse de algo importante… Y que además le concernía a ella.

—Ojalá pudiera hacer algo por ti —murmuró con la voz rota por la emoción—. Pero debo dejarte descansar, querida tía —se apartó de la cama y al salir por la puerta se encontró con la hermana Cecile, que esperaba fuera—. La madre abadesa necesita descan-